

MORAL

sin

Pecado

Cristián Briales S. I.



La Sagrada Congregación del Santo Oficio, por Decreto del 7 de Diciembre de 1955, condenaba tres libros, incluyéndolos en el «Índice» de libros prohibidos. Eran:

L'univers morbide de la faute (1949)

Manuel de sexologie normale et pathologie (1951)

Morale sans péché (1954)

Los tres son del Dr. A. HEBNARD.

El Santo Padre aprobó este decreto y mandó que se publicase. Así se hizo en Acta Apostolicae Sedis XXXVIII, 1956 p. 95

Hagamos un breve comentario del último de ellos, *Morale sans péché*.

El enigma del título

El mismo título ya nos resulta extraño, incluso contradictorio. Porque mientras haya normas morales y mientras tengamos libertad

para apartarnos de ellas, no se puede excluir la posibilidad del pecado; y la experiencia da que es demasiado fácil que esa posibilidad se haga realidad en nuestra vida cotidiana.

La clave está en que Hesnard no tiene el mismo concepto de moral y de pecado que la moral tradicional cristiana.

Para nosotros, pecado es cualquier acto — interno o externo — «libremente» cometido contra la norma de moralidad, que en concreto son los mandamientos de Dios y autoridades legítimas.

Hesnard por una parte restringe el campo de la moral al acto exterior, y por otra reserva el nombre de «péchés» para los actos interiores que según la moral tradicional podrían ser culpables.

Por eso su obra se llama «*Morale sans péchés*».

Intención y competencia de Hesnard

El Dr. A. Hesnard es especialista en neurosiquiatria. Desarrolla su actividad entre neuróticos. Ese es su mundo. El quiere librarlos de sus obsesiones y devolverlos a la normalidad psíquica según sus métodos freudianos (aunque se aparta de Freud en puntos importantes). Al aplicar la terapéutica psicoanalítica tropieza frecuentemente con un subsuelo de tipo religioso-moral en la neurosis del paciente. Son muchos los enfermos cuyo complejo sexual, por ejemplo, o de fobias hacia determinadas personas, está ligado a un angustioso sentimiento de culpabilidad — tanto más angustioso cuanto menos objetivamente fundado — que dificulta enormemente la solución del problema.

Es imprescindible deshacer primero ese fantasma de seudoculpabilidad. Hesnard se animó a ello, pero según creemos sin estar suficientemente impuesto en el terreno moral.

Concepto e historia del «pecado» en Hesnard

El Dr. Hesnard empieza por creer y afirmar que ese sentimiento morboso de culpabilidad es esencial al concepto de pecado en la moral tradicional. El nos atribuye el siguiente concepto de pecado: todo pensamiento o acto *interior* «*marqué du signe du Mal*» (p 42), o de otro modo: «*pensée coupable*». La culpabilidad con-

sistiría en la oposición de esos actos interiores a un conjunto de prohibiciones emanadas, a nuestro parecer, de Dios mismo.

Lo que pasa, según Hesnard — o mejor, según nos ha parecido que viene a decir Hesnard algo más oscuramente de lo que presentamos aquí — es que el hombre, al sentirse responsable, «proyecta» un «otro» ser ante el cual deba responder de sus actos; y en su «aspiración monoteísta» sublima ese «otro» ser hasta identificarlo con Dios. Al Dios así resultante — implacable, exigente, justiciero — el hombre lo adopta como juez de sus actos interiores. El hombre llevará a ese tribunal interior cada uno de sus pensamientos turbios y tendrá que aplacar continuamente la cólera de su juez.

No hemos encontrado en Hesnard ninguna distinción entre pensamiento deliberado, consentido libremente, y brote espontáneo del instinto en una fase todavía previa a lo responsable.

Sigue Hesnard: las consecuencias de este «*mythe monothéiste du péché*» son la introversión, con el consiguiente egoísmo en la vida social, el sentimiento angustioso de culpabilidad, las supersticiones obsesivas de los ritos purificatorios, en una palabra el desequilibrio nervioso.

Todo este complejo de acto interior «culpable» y sus consecuencias es lo que Hesnard llama «pecado», que ha quedado al margen de su moral.

La historia de ese mito monoteísta del pecado la construye Hesnard desde las supersticiones de las tribus primitivas (lo «tabú»; terror ciego a castigos inminentes de las divinidades por delitos en los que apenas hay culpa objetiva ninguna; afán de aplacar la divinidad con prácticas ridículas, etc.) hasta nuestros días, pasando por el judaísmo con su Dios justiciero y sus interminables ritos purificatorios.

Para Hesnard, los primitivos cristianos no habían caído en este error, sino que predicaban el mensaje de Cristo a base de un Dios bondadoso y de caridad fraterna. Pero el monaquismo «que niega la caridad enseñada por Cristo» vuelve a centrar la moral sobre el pecado interior y hace a Dios juez de los pensamientos. Desde entonces la religión es obstáculo al progreso de la humanidad (sobreentiéndase: «neurasténica»). Y especialmente falla el cristianismo al prohibir la «satisfacción sexual normal». Para un freudiano como Hesnard es la misma ley natural: la que exige esa satisfacción, indispensable (!) para

conservar el equilibrio nervioso. Así ha observado el Dr. Hesnard que esa sensación de culpabilidad, cuando se refiere a obsesiones de tipo sexual, cesa o disminuye mucho con la realización del acto externo.

Además, su campo de experiencia, los neuróticos, le suministra otro dato decisivo: precisamente los que más se angustian por faltas interiores imaginarias parecen una encarnación viva del egoísmo, de lo inhumano, de la indiferencia más cruda para los problemas ajenos. Esta es la visión «patológica» que tiene Hesnard de la moral cristiana, y naturalmente cree indispensable el bien de la humanidad, y sobre todo en sus enfermos, el sustituirla rápidamente por una moral más higiénica.

Una moral de nuestra planta

Hesnard pone pues la primera piedra de su nueva moral: La única realidad moral es el altruismo: generosidad, simpatía, cooperación. También la llama «caridad», pero sin asomarse a la vertiente sobrenatural que tiene esta virtud en el cristianismo.

Según esto lo único inmoral sería la agresividad exterior.

Su tesis fundamental es pues: Sustituir la prohibición «mística» basada en el pecado, por la prohibición «exclusivamente social»: el «No hagas mal a los otros».

De este modo la vida interior e individual queda completamente al margen de la moral, y no habrá ya ocasión a que el sentimiento — infundado — de culpabilidad angustie a los hombres, ya que ahora será muy fácil determinar cuándo uno es inocente o culpable; — sólo si se ha inferido algún daño a otro. «Es más moral detestar cordialmente al adversario que hacer el gesto material de tocar un solo cabello de su cabeza» (p. 54).

Las manifestaciones individuales de la sexualidad no son ya vicios inmorales sino meras anomalías contrarias al bien personal y al valor social. Hacérselo ver así a la víctima es el mejor modo de deshacer el complejo que lo angustiaba. En cuanto a los actos no individuales estarían limitados por las reglas de la justicia y la «caridad» (v. gr. transmisión de enfermedades...).

He aquí una moral sin angustias interiores,

sin «pecado»: higiene mental en lo interior y moral social en lo exterior.

Después del «fallo» de todas las demás morales filosóficas y religiosas, esta es la única moral auténtica que quedaría a la humanidad.

Fallos fundamentales

El primero es que prescinde de Dios. No llega a negar a Dios, pero es porque cree que — con tal que no se le constituya en juez de los pensamientos — «no es necesario negarlo para que el hombre alcance su perfección» (pág. 144). El Dios que no le estorba al Dr. Hesnard es únicamente el Dios de amor que incluso podría manifestarse «par l'action charitable» — su única realidad moral —, y entonces la religión coincidiría con la ética (l. c.). Se ve que a Hesnard lo que le importa es su ética; Dios y religión, si buenamente quieren acomodarse a ella, bien; si no, fuera. No lo dice tan groseramente, pero en realidad eso es.

Desde luego se trata de un concepto de moral completamente distinto del nuestro. No se basa en nuestra dependencia esencial de Dios, sino en el respeto a los demás hombres por sí mismos.

Y es un fallo de primer orden prescindir de la realidad del absoluto señorío de Dios sobre sus criaturas, y dedicarse, no a investigar las normas de conducta establecidas por Dios, sino a fabricarse las que mejor le parecen al hombre.

Por otra parte, es tan acusado el servilismo terapéutico que tiene toda esta moral que sugiere vehementemente la duda sobre qué fué primero: si la preocupación por librar a sus enfermos de sus angustias e introversión para devolverlos a la vida normal y sociable, o la convicción de que la única realidad moral es salir de sí para hacer bien a los demás.

Pero es incomprensible el divorcio establecido por Hesnard entre la amoralidad de la vida interna del hombre y la moralidad de su actividad social. El concepto de moralidad incluye esencialmente el de responsabilidad y el de libertad. Y la libertad no reside propiamente en los actos exteriores; hay que buscarla más hondo, allá en la previa decisión de la voluntad que se determinó hacia esos actos cuando hubiera podido preferir otros, es decir, libremente. Pues de la misma fuente de donde salta la libertad y

responsabilidad sobre los actos exteriores, salta también su «ser moral». Es contradictorio llamar moral o inmoral a una acción exterior del hombre y no al acto de la voluntad que propuso realizar esa misma acción. Esta contradicción recuerda la sospecha de que su autor no tuvo cuenta con la verdad sino con la utilidad medicinal de su teoría.

La moral que enseñó Cristo en su evangelio, conservada fielmente en toda la Tradición católica, supone y aún afirma expresamente la unidad indisoluble de lo externo con lo interno incluso dando absoluta primacía a lo interno. Así, obras que podrían calificarse de buenas, hechas con voluntad torcida, no son gratas a Dios; como la limosna que daban algunos fariseos por vana ostentación (Mt 6¹⁻⁴). Porque «si tu ojo está sano todo tu cuerpo estará iluminado, pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas». (Mt 6²²⁻²³). Y el mal deseo consentido a sabiendas, mancha el alma por sí mismo aunque no llegue a ponerse en práctica: «Todo el que mira a una mujer con mal desco ya ha adulterado en su corazón» (Mt 5²⁸)

La obra exterior podrá violar o no algún derecho del prójimo, podrá favorecerle o perjudicarlo, pero solamente hacen al hombre bueno o malo cuando la voluntad del que lo hace ha querido libremente ese bien o ese mal. La bondad o malicia no se pueden reducir a meros resultados prácticos, sino que se consuman antes en el corazón del hombre.

Aquí también está el remedio auténtico contra el sentimiento de culpabilidad infundado que padecen muchos más o menos desequilibrados, y que o por debilidad nerviosa o por imaginación exaltada son impotentes para controlar su mundo interior. Y es: recordar que mientras la voluntad no se entregue a las imaginaciones o impulsos perversos, con quienes convive a la

«Porque voceando pomposidades huecos, ceban con lascivias, atizando las concupiscencias de la carne... prometiéndoles la libertad, ellos que son esclavos de la corrupción – porque de quien es uno vencido, a éste queda esclavizado –. Porque si después de haber escapado de las inmundicias del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, envueltos otra vez en ellas son vencidos, resultan para ellos las postrimerías peores que los principios».

(2 Petr 2, 18-20)

«Porque vendrá tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que a medida de sus concupiscencias tomarán para sí maestros sobre maestros».

(San Pablo, 2 Tim 4,3)

fuerza y a disgusto, no hay pecado ninguno sino mucho mérito delante de Dios. Esto lo han enseñado siempre los ascetas católicos desde los primeros monjes, que no hicieron más que seguir la tradición apostólica.

Si Hesnard se hubiese informado en cualquier tratado de moral católica tal vez no hubiera llegado a la cómoda solución de tirar definitivamente por la borda toda la moral de la vida interior.

Tampoco se puede estar de acuerdo con su tesis freudiana antes citada, y su ensayo sobre

la historia de la moral; a excepción de algunas observaciones interesantes sobre las supersticiones primitivas y exageraciones farisaicas. Pero no es posible alargar más este artículo si no es para destacar algo positivo de la obra de Hesnard.

Un estímulo más

Y es sobre todo el relieve que da a la «caridad fraterna». Entre nosotros es esta la virtud prin-

cipal, aunque no la única, y la piedra de toque de toda nuestra religiosidad. Jesucristo la enriqueció con un contenido divino unificándola con el amor a Dios, y nos la legó por consigna y distintivo.

En mano de Hesnard esta caridad, como él la sigue llamando, queda infinitamente más pobre, y con todo él la venera como única realidad moral de nuestra vida. Es decir, que hasta de la calle nos están dando gritos para que no dejemos arrinconado ni un solo día, a costa de todo, el máximo valor de nuestro cristianismo.

